

Rafael Menjivar Ochoa
Un mundo en el que
el cielo cae y cae



Colección Revuelta

Revuelta

(Del part. irreg. de *revolver*; lat. **revolūtus*, por *revolutus*).

1. f. Punto en que algo empieza a torcer su dirección o a tomar otra.
2. f. Alboroto, alteración, sedición.
3. f. Segunda vuelta o repetición de la vuelta.
4. f. Pupusa que contiene una mezcla de queso, frijoles y chicharrón.
5. f. Vuelta o mudanza de un estado a otro, o de un parecer a otro.

Un mundo en el
que el cielo cae y cae

La Colección Revuelta es un territorio de encuentro entre nuevos y viejos modos de hacer libros y literatura // Busca convertirse en uno de los muchos puntos de referencia en la literatura salvadoreña contemporánea // Ofrece cada uno de sus títulos en copia impresa y formato electrónico.

Descargue los libros electrónicos en:
<http://sites.google.com/site/coleccionrevuelta/>

Rafael Menjívar Ochoa

Un mundo en el que el cielo cae y cae



Colección Revuelta
San Salvador • 2011

Un mundo en el que el cielo cae y cae

Primera edición

San Salvador, 2011

Dirección editorial: Miguel Huevo Mixco

Corrección de estilo: María Tenorio

Diseño y diagramación: Contracorriente editores

Portada: Mayra Barraza. *No. 5 - Deer Dance* (2009). Óleo sobre canvas.

ISBN:

Impreso en Impresos Múltiples



Esta colección cuenta con el apoyo del

Centro Cultural de España en El Salvador

Calle La Reforma, 166, colonia San Benito.

San Salvador, El Salvador

info@ccespanasv.org

www.ccespanasv.org

(503) 2275-7526

Impreso en El Salvador

Contenido

Cementerio de carros	9
La tercera puerta.....	25
Una luz que nunca se apaga.....	37
El cubano	49
Fade out.....	61
El campeón.....	83
Un mundo en el que el cielo cae y cae.....	113

Cementerio de carros

El Loco sabía que se iba a morir. El médico se lo dijo:

–O te corto la mano o te mueres.

Él se paró y se salió del consultorio. Ni siquiera torció la boca, como a veces hacía. Solo se levantó y se fue. Ya había dejado pasar mucho tiempo y el único modo de curarlo era cortar. No le gustó la idea.

–Loco, que te la quiten –le dije en la puerta–. Es la izquierda, no hay bronca.

–Es mi mano –dijo.

Hacía cuatro días que el Loco no iba al trabajo y el comandante me llamó.

–Tráeme a ese cabrón o los corro a los dos. Hay operativo y los quiero aquí a las siete.

A veces el Loco se desaparecía varios días y luego llegaba como si nada. Lo más probable era que se quedara en su casa lavando ropa o se fuera de putas a Acapulco, pero le gustaba hacerse el misterioso. No era raro que desapareciera cuando faltaban tres días para navidad.

Estaba en su departamento. Adentro sonaba la tele a todo volumen. Voces de caricaturas. Estaba pálido y parecía que no se había bañado en un año, él siempre tan limpio. Sudaba por todas partes.

–Huele a rata muerta –le dije.

–¿De veras?

Cuando huele así es porque hay algo descompuesto. Casi siempre es gente. Asesinatos pasionales, viejitas que se caen en la bañera, suicidas, de todo. Me asomé al baño.

–Ni busques –dijo.

Me enseñó la mano izquierda, envuelta en un pañuelo con manchas negras. El olor venía de allí. Se veía hinchada, con los dedos gruesos como chorizos y del mismo color que los chorizos.

–Me chingaron –dijo.

Se sentó frente al televisor y le dio un trago a una botella de brandy.

–¿Quieres un trago? –me dijo.

–No.

–¿Has visto Los Picapiedra? –me preguntó.

–Te voy a llevar con el médico.

–¿Has visto a los chingados Picapiedra?

–Sí.

–Te pareces al pinche Pablo –dijo, y se empezó a carcajear.

Encendí un cigarro.

–Deja de fumar. Esas cosas matan –me dijo.

–Hay operativo. Te voy a llevar al médico para que te vea y te dé una justificación.

Pedro Picapiedra estaba vestido de Santaclós y salía de una chimenea.

–¿Has visto Los Picapiedra? –me volvió a preguntar.

Yo no podía dejar de verle la mano envuelta. El estómago se me revolvió.

–¿Qué te pasó?

–Me chingaron –dijo.

–¿Quién?

–¿Qué importa? –dijo un resoplido–. Me chingarón. Así pasa.

–¿Un balazo?

–No –dijo.

No pude sacarlo de allí. Era raro que no quisiera decirme. Le gustaba hablar de todo lo que le pasaba. Era bueno para contar historias.

Se miró la mano como con lástima. Un hilo de sangre negra se le resbaló por debajo del pañuelo.

–Se te está pudriendo –le dije–. Te llevo al médico.

–Ya ni llorar es bueno –se empezó a desamarrar el pañuelo–. Ya ni me duele.

Me la enseñó. Tuve que ir a vomitar. No porque no hubiera visto cosas peores, sino porque era la mano del Loco. Él se atacó de la risa y cuando volví estaba echándose el último trago de la botella.

–A ver si llego a navidad –me dijo.

–¿Y el que te lo hizo?

–Que se vaya a la mierda.

–Te llevo al médico.

–Se van a burlar –dijo, pero me acompañó.

Lo llevé en su coche; no quería que el mío se apestara. Este olor no se me va a olvidar, pensé.

–La vida es como las putas caras –dijo el Loco en un semáforo.

–¿Cómo? –le pregunté por seguirle la corriente.

–No sé, pero así es.

No volvió a hablar.

–Gangrena –le dijo el legista–. Hay que amputar. O te corto la mano o te mueres.

–¿Hasta dónde? –preguntó el Loco.

–Hasta aquí –y señaló abajo del codo.

Entonces el Loco se paró y se fue corriendo. Cuando llegué al estacionamiento ya no estaba su coche.

–¿Por qué huele a muerto? –me preguntó el Turco, uno de Homicidios.

–Yo no huelo nada –le dije.

Agarré uno de los carros confiscados y me fui a Cuemanco. Allí había un lugar donde al Loco le gustaba estar, con árboles y unos prados llenos de flores. El Loco era raro. A veces pasábamos por allí y me decía: vamos un rato.

Habían encontrado un cementerio de carros hacía años. Todos robados y desmantelados, puestos en filas bien parejitas. Eran como setenta. Al Loco

le gustaba caminar en medio de los carros y sentarse en alguno a mirar los prados.

–Aquí quiero que me entierren –decía, y me contaba cosas de su papá.

Allí lo encontré, metido en un LTD sin asientos. Tenía la pistola en la derecha y miraba por el parabrisas con los ojos bien abiertos.

Me pareció que olía peor. Encendí otro cigarro y me quedé callado.

–Ya no fumes –me dijo.

Tiré el cigarro.

–Estás mal –le dije.

–Hace mucho frío. A nadie le da gangrena cuando hace frío. Además en clima seco no da gangrena.

–¿Y los gusanos?

–Que se jodan.

Fui a orinar a un árbol.

–Mi papá tenía una cicatriz en las costillas, así como de este tamaño. Estaba fea, como si le hubieran quemado.

–¿Qué le pasó?

–No sé –estaba sudando y tenía la voz pastosa–. Cuando íbamos a la playa me pasaba

viéndole la cicatriz. No entendía cómo mi mamá lo podía abrazar con esa cicatriz. Me daba vergüenza que la gente lo viera en traje de baño.

Traté de tocarle la frente, pero se hizo para atrás y me apuntó con la pistola.

–Estás mal –le dije.

–¿Sabes por qué me dicen el Loco? –me preguntó.

–Porque estás loco –le contesté.

Soltó una carcajada y bajó la pistola.

–Una vez desarmé a cuatro asaltabancos con las purititas manos. Traían pistolones de este tamaño. Con las purititas manos y los dejé locos de tanto madrazo. Estaba en la Bancaria. Me dieron cuatro mil pesos de recompensa. Con eso compré la tele y unas camisas.

Apoyó la cabeza en el volante y se puso a llorar.

–¿Te duele?

–No.

–Son las cinco –le dije–. Tengo que estar a las siete para el operativo y tú te vas con el médico.

Entonces oímos el motor. Parecía de un carro deportivo con el escape abierto. El Loco levantó la cabeza.

–Van y chingan a su madre –dijo.

Se salió del carro con la pistola bien agarrada, alerta, como cuando teníamos que hacer algún trabajo delicado. Se fue corriendo hasta donde estaban los árboles.

Lo seguí.

–Es un vochito –me dijo desde detrás de un pino–. Suena como Ferrari.

–Vámonos –le dije.

–Son dos viejas –dijo.

Del coche bajaron dos muchachas y un cachorro blanco.

–Samoyedo –dijo–. Siempre he querido tener uno de esos.

Las muchachas caminaron por el prado, con el perro corriendo y ladrando alrededor. Ellas no le hacían caso. Hablaban moviendo las manos y se reían. Usaban pantalones de mezclilla y unos suéteres de colores. Vestían casi igual.

El Loco las miraba con la boca y los ojos bien abiertos, como contento.

–Mi hermana me va a extrañar –dijo–. Ojalá.

–Vamos –le dije–. Que te corten esa chingadera.

–Es mi mano –dijo.

–Estás agusanado –le grité–. Te vas a morir.

Me miró a los ojos.

–No me grites –y volvió a ver a donde estaban las muchachas–. Te oyeron.

El cachorro se había puesto a ladrar hacia donde estábamos. Las muchachas se levantaron despacio, alarmadas.

–Ya la fregaste –dijo, y salió.

Las muchachas lo vieron con la pistola y corrieron al carro. El cachorro también corrió, sin dejar de ladrar.

Salí detrás del Loco. Las muchachas estaban subiéndolo al vocho. Él se volteó y me apuntó.

–No te acerques o te mato –me gritó.

Fue al coche y le apuntó a la que manejaba. Toqué mi pistola; estaba en su lugar.

–¿Quién chingados eres? –oí que le gritaba a la muchacha–. ¿Quién chingados crees que eres?

El cachorro ladraba como poseído. El Loco los va a matar, pensé.

La muchacha debió decirle algo porque bajó un poco la pistola. Me acerqué despacio.

–Me vale madre –gritó el Loco–. Yo estoy muerto. Me morí hace cuatro días. Me vale madre.

Tú no eres quién para decirme lo que es bueno y lo que es malo.

El motor del coche se encendió. El Loco levantó otra vez la pistola. Aproveché para rodearlo y acercarme por detrás. Lo tenía a cinco metros. Que las mate, pensé, pero me arrepentí.

El cachorro dejó de ladrar.

—¿Ves que no es difícil? —dijo el Loco; estaba hablando a gritos, pero se oía como si susurrara—. ¿Viste? Dile a tu amiga que salga y después sales tú.

Lo tenía a tres metros. Oí una voz aguda; era de la muchacha que manejaba. No entendí lo que dijo.

—Mira —dijo el Loco y movió la mano frente a la ventanilla; otra vez había bajado la pistola—. Tú nunca has visto algo así. Eres demasiado bonita. Hueles bien, pero yo huelo mejor —se carcajeó—. Yo huelo mejor. Yo huelo pura madre.

Oí un golpe: había roto una ventanilla con la pistola. Las muchachas gritaron y el cachorro volvió a ladrar.

—Loco —le dije. Él bajó la cabeza sin voltearse.

—Me vale madre —dijo.

Se puso la pistola en el cinturón. Me paré detrás de él. Las muchachas estaban pálidas. La del asiento del pasajero se parecía a alguien que no recordé.

–Callen al perro –les grité.

La muchacha que manejaba lo agarró y se lo puso sobre las piernas. Empezó a acariciarlo, con las manos crispadas. El cachorro se calló.

–Les voy a dar un regalo de navidad –dijo el Loco, y se quitó el pañuelo de la mano–. Miren. Es mi mano.

Ellas estaban demasiado asustadas para asquearse.

–Loco.

–Ya te oí –me dijo–. ¿No ves que estoy platicando con las señoritas?

–Váyanse –les dije.

–Ni madre –dijo el Loco–. Que vean. Que se chinguen –miró a la que manejaba–. ¿Qué quieres? –le preguntó–. ¿Qué chingados quieres?

Estuvo a punto de tocarla con la mano podrida.

–Que esté bien –gritó ella histérica–. Que se cure, por favor.

El Loco puso la mano en la pistola. Saqué la mía.

–Suelta eso o te plomeo –le dije.

Volteó a verme. Estaba llorando. Tenía la misma cara de mi hijo cuando se robaron el gato. A mi hijo lo abracé. Al Loco no podía, aunque quisiera.

–¿Por qué? –me preguntó.

Seguí apuntándole.

–Apártate, Loco. Va en serio.

–Tal vez hasta fuera mejor –dijo, y se fue caminando hacia los árboles. Arrastraba los pies y parecía que la cabeza le pesaba.

El cachorro estaba dormido en las piernas de la que manejaba.

–Váyanse –les dije–. Y no se les ocurra decir nada porque las busco.

El piso estaba lleno de pedazos de vidrio. El carro dejó las ruedas marcadas en el pasto. El motor sonaba demasiado fuerte para ser un vocho.

–Ya traté de pegarme un tiro, ahorita, dos veces –dijo el Loco; estaba parado en medio del cementerio de coches–. Se siente feo.

–Hay operativo. Vamos o me corren.

–¿Crees que llegue a navidad? –me preguntó.

–No.

Fue hacia su coche.

–Ya qué –dijo.

Ya no sentía el mal olor. Hacía rato que había dejado de sentirlo. Le abrí la puerta.

–¿Te acuerdas si apagué la tele? –me preguntó mientras se subía.

-Yo la apagué.
-Menos mal. Gasta mucha corriente.
Encendí el coche. El Loco no sabía dónde poner
la mano; había perdido el pañuelo.
-Pinche frío -dijo.

La tercera puerta

–¿Seis dólares? –preguntó.

–Seis.

Se rio. Tenía una de esas risas que pueden descomponer el estómago. Hacía falta tiempo para acostumbrarse a él y a su risa, y yo me había desacostumbrado. No quería acostumbrarme otra vez. Por eso estaba allí, para que no hubiera necesidad.

–¿Seis billetes de un dólar?

–Uno de a cinco y uno de a uno.

–¿Monedas?

–No me chingues –me tocó reírme.

–¿Fue aquí?

Señalé el pasillo que daba al baño.

–Segunda puerta a la derecha. La primera es donde guardan los trapeadores.

El cantinero nos miraba con cara de perro bravo desde el otro extremo de la barra. Ni siquiera fingía que no estaba atento a lo que hablábamos. Igual no entendía nada, porque estábamos hablando en español. Igual entendía todo. Igual unas trenzas como esas ponen de mal humor a cualquiera. Eran unas trenzas sucias. Él era sucio. El bar estaba más sucio que cuatro años antes, y nosotros tampoco estábamos muy limpios, ni entonces ni cuatro años antes.

–¿Y la tercera puerta?

–Solo hay dos puertas.

–Voy a usar la segunda –dijo.

Se paró. No alejé la mano de la pistola. Debió darse cuenta. Era mi intención. Yo no estaba para delicadezas ni él para que se las tuviera. Le di la espalda al cantinero. Vi hacia el fondo del salón.

Allí seguía la tarima para el grupo de música, y la pista de baile, y la mesa de billar en el rincón. Cuatro años antes me había puesto tonto. Se me ocurrió que podía cantar una canción que no me sabía y me subí a la tarima mientras los de la banda se ganaban la vida. Esa vez el cantinero era un blanco grandote. Me bajó de la tarima a pulso, me llevó al baño y se quedó en la puerta.

–Vomita –me dijo.

–No quiero vomitar.

–Si no vomitas, te hago vomitar. No te voy a echar así de borracho.

No estaba siendo amable, pero no me pareció que me quisiera joder. Cerré la puerta y vi los seis dólares.

Me acabé la cerveza y el de las trenzas se acercó, se llevó el vaso a la máquina, lo llenó y me lo trajo lleno, con demasiada espuma. Se tardó como cien años. Pensé que a lo mejor era hora de ponerme nervioso y de darme una vuelta por el baño, pero en eso lo vi aparecer con su diente de oro, con las manos mojadas y cojeando. La sangre en el muslo ya estaba seca.

–¿Agarraste los seis dólares o no agarraste los seis dólares? –preguntó.

Me palmeó la espalda antes de sentarse. Con la mano mojada. Más que suficiente para darle un tiro.

–No te voy a decir.

–¿Por qué?

–Porque voy a quedar como pendejo.

–Entonces los agarraste.

Me tomé medio vaso. Se me cortó el aliento y eructé. Él dio varios sorbos cortos y también dejó la cerveza a la mitad.

–Con este calor no hay modo de emborracharse. Lo peor es que no sudas. Te deshidratas pero no sudas.

El ventilador del techo no servía para nada. El aire que echaba era tan caliente como el que estaba detrás de la ventana.

–No los agarraste, ¿verdad?

–¿Los seis dólares?

–No fuiste capaz.

Aquella noche, cuatro años antes, me quedaban unos centavos y la mujer con la que había llegado se había ido con mi carro, sin mí. Me había ganado una partida de billar, le había dicho puta y después pasó lo de la banda de música. Desde la tarima la vi salir agarrada del cinturón de un tipo con brazos más gruesos que mi pecho. Él la había seguido todo el rato, y ella hasta bailó con él, y por eso me subí, para que bailaran algo que yo estuviera cantando. En el momento tenía lógica.

Cuando entré en el baño tenía ganas de vomitar, y vomité todo, pero en el lavabo, porque flotando en el excusado estaban los seis dólares. El que los puso allí se había orinado encima. O se orinó y después echó los billetes. No había modo de saberlo así de borracho como estaba, y tampoco importaba.

Era fácil: los agarraba o no los agarraba. En eso me puse a pensar pescado del lavabo, temblando como niño tonto. El cabrón que los puso allí sabía lo que hacía. Un dólar o dos y uno jala la cadena sin pensar. Nadie mete la mano, ni siquiera la punta de los dedos, en un montón de meados ajenos para sacar uno o dos dólares. Ni siquiera cinco. Pero eran seis. Eso costaba el taxi al pueblo. Allí tenía mis cosas, lo que me quedaba de dinero y la llave para sacar más dinero. Lo otro era irme caminando por el desierto, y había coyotes y quién sabía qué más. Agarrarlos solo significaba mojarse un poco, después lavarse y lavar los billetes y nada había pasado, excepto que tenía seis dólares que antes no tenía. Pero también significaba ser un comemierda, y vomitar me había quitado el humor de comemierda.

Tomé la decisión mientras limpiaba el vómito del lavabo.

–¿Qué hacías en Arizona?

El cantinero ya no nos miraba. Debíamos ser bien aburridos, aun con todos los raspones y moretones que teníamos. Si uno no tenía nada que hacer, podía pasarse un buen rato contándolos y tratando de averiguar cuáles eran más viejos que los demás.

–Lo mismo que tú –le dije.

Se rio otra vez. Me crujieron los dientes.

–¿Perder el tiempo?

–Gastarme un montón de dinero. Pero yo me lo gané.

Se clavó en su cerveza.

–Siempre es cosa de dinero, ¿verdad? Siempre tiene que ver con dinero.

Sonó triste.

–Nunca es el dinero –le dije–. El dinero es el pretexto.

–¿Siempre?

Le pagué al cantinero y dejé seis dólares de propina junto a lo que quedaba de las cervezas. Los billetes casi no se mojaron con el sudor de los vasos que se había regado por el mostrador.

Afuera eran las cinco de la tarde, pero el calor andaba arriba de los cuarenta centígrados. Centígrados.

Allá usan fahrenheit, y a los cuarenta fahrenheit uno se está orinando de frío.

Se metió en el carro.

–¿Agarraste los seis dólares o no?

Alrededor no había nada aparte de desierto y una bomba de gasolina. El pueblo estaba al lado contrario de donde íbamos, y donde íbamos solo había tierra seca y frontera.

–Si te contestara, tendría que matarte –le dije cuando íbamos llegando al cañón donde estaban los otros.

Nos reímos. Ya no me cayó tan mal su risa. O él la había cambiado o yo me había acostumbrado otra vez.

–¿Cuánto quieres?

No contesté. No había nada que pudiera contestarle.

–No importa –dijo–. Me la pasé bien.

Se rascó la herida por encima del pantalón.

–Tienes razón –dijo cuando íbamos pasando en medio de un bosque de cactus–. No tiene que ver con el dinero. Ni con las mujeres ni con nada. Lo que uno quiere es sentirse cabrón. Yo sí hubiera agarrado los seis dólares.

–Ya sé.

–Pero no se lo hubiera contado a nadie,

Me salí por un camino angosto, donde terminaban los cactus y empezaba el borde del cañón. Tres kilómetros y me estacioné. Era verano y todavía

quedaba un rato de luz. Había tiempo. También era el momento más peligroso. Si se ponía loco no me daría tiempo de sacar la pistola, y no quería que me golpeará otra vez. Estaba cansado de que me golpearan.

–¿Cómo fue con los otros? ¿Les contaste lo de los seis dólares?

–Sí.

Suspiró.

–¿Sabes por qué dejé de fumar?

–Por lo mismo que yo.

–Por pendejo –casi lloró.

Se bajó del carro. Caminó hacia donde estaban los otros como si fuera a una fiesta de vestidos largos.

–¿Los agarraste o no los agarraste?

–¿Los seis dólares?

–¿Los agarraste o no? ¿Sí o no?

No le contesté.

–Yo no los hubiera agarrado –dijo–. Te dije que sí, pero no los hubiera agarrado.

–La llave.

Me la dio. Era la misma llave.

–¿Allá? –señaló los bultos de piedras y tierra rojiza.

–Allá.

No le temblaron los pasos. O sí, pero ya estaba demasiado oscuro para darse cuenta.

Una luz que nunca se apaga

–A ti te consta –volvió a decir el viejo–.
¿Te consta?

La silla de ruedas volvió a crujir. El viejo pesaba poco, pero la silla estaba peor que él. Parecía que los dos se romperían. Me dijo que ya varias veces había estado a punto de comprar otra silla, pero que de dónde sacaba el dinero, que los ahorros apenas le daban para mal comer.

–Sí –le dije.

–¿Sí qué?

–Me consta.

–Yo le compraba cosas. Con el sudor de mi frente, te consta. Nadie tiene nada que echarme en cara. Salvé a muchos de morir de hambre. A ti te consta que siempre fui un benefactor. ¿Necesitaban dinero? Venían conmigo. ¿A quién le negué un préstamo?

–A nadie.

–A nadie. Pero siempre pasé privaciones. Mi mujer, que en paz descansa, mi hija y yo siempre tuvimos que vivir en ese cuartito. ¿Crees que no me dolía?

–Sí.

–Y todavía hay gente que habla mal de mí.

Miró en dirección a la caja. Parecía estar viendo un espejo. Me pregunté cómo se vería el viejo a sí mismo.

–Yo le compré su primer vestido. ¿Sabes lo que me costó?

–Cuatro pesos –le dije.

Toda la noche se había pasado hablando del vestido de cuatro pesos y de los zapatos de charol.

–Cuatro pesos –dijo–. Y seis los zapatos de charol. Eran así de pequeñitos. Hasta mi difunta Charo me regañó. ¿Cómo te gastaste tanto en un vestidito y en unos zapatos? Tratándose de la niña, no reparo en gastos, le dije. En aquel entonces era un dineral.

No quedaba nadie más en la sala. Habían ido pocas personas, tres o cuatro vendedoras del mercado que le debían dinero al viejo y que llegaron juntas. Se veían ansiosas. Se le acercaron como pidiéndole perdón y le dijeron mi más sentido pésame y todo lo demás. Él les tendió la mano como para que se la besaran, y poco faltó. Pero ni siquiera volteó a verlas. «Hipócritas», dijo cuando no lo oían. Una de las mujeres lloró. Las otras la consolaron, le prestaron un pañuelo y después se fueron todas juntas.

–¿Quieres que te diga lo que pienso de ellas? –me preguntó el viejo.

–Voy al baño –le dije; sabía lo que pensaba de ellas y no quería oírlo de nuevo.

El baño olía a orines y vómito. El piso estaba lleno de papeles. No me atreví a orinar.

Me lavé las manos. ¿Qué estoy haciendo aquí?, le pregunté al espejo. No me contestó. Quizá debía preguntarle a la mujer que estaba en el ataúd, casi tan vieja como el anciano, casi tan fea, mucho más solitaria. Me pregunté cuánto habría costado el vestido que usaba. No mucho: ¿cuánto podría gastarse el viejo en el vestido de una muerta, aunque fuera su hija? Se pudriría, de todos modos.

–¿Cuánto me debes? –me preguntó cuando regresé.

–Como tres mil.

–Tres mil seiscientos.

–Tres mil seiscientos –contesté.

–Más los intereses de la semana.

–Sí.

El ataúd era barato y feo. La mujer que estaba dentro debía estar incómoda. Me pregunté cómo sentirían la incomodidad los muertos.

–Mi hija era buena –dijo el anciano después de un buen rato–. Todos decían que era tonta. No era tonta: era consciente de que yo estaba viejo y que necesitaba que me cuidaran.

–Los hijos no deberían morir antes que los padres –le dije.

Me miró con odio.

–¿Quieres otro préstamo?

–Dos mil más.

Se rio. Sonaba a puerta con las bisagras oxidadas.

–Necesito una garantía.

Le di las escrituras del carro.

–Te doy mil quinientos –dijo.

–Son buenos.

Frente a la puerta de la funeraria había tres botes de basura tirados. Olía mal. Regresé a la capilla, si es que a eso podía llamársele capilla. El viejo estaba recargado contra el ataúd, viendo a su hija a través del cristal.

–¿Y ahora qué? –me preguntó.

–Nada –le dije–. Me quedo otro rato con usted.

–¿Para qué?

Me encogí de hombros.

–No te voy a bajar los intereses.

–No importa.

Desde mi silla me pareció que el anciano rezaba en voz muy baja. Pensé en matarlo: ¿quién no piensa en matar a alguien así? Pero no mientras rezaba.

Se volvió hacia mí alerta, como si supiera lo que estaba pensando.

–Tienes hijos –dijo, como si me acusara.

–Tres –le dije–. La mayor tiene once años.

–El dinero es para ella, ¿verdad?

–Sí.

–Hum.

Se sentó otra vez a mi lado. Alguien tan viejo no puede estar vivo, pensé. Quizá había muerto hacía mucho tiempo y a nadie se le había ocurrido avisarle.

–¿Pensas tener más hijos? –preguntó.

–Tres son suficientes.

–Son demasiados –dijo con enojo–. Uno ya es demasiado. Yo sé lo que te digo: hasta muertos te hacen gastar. Gastos. Solo gastos. ¿Qué le importa a ella que ahora me quede solo?

No supe qué decir.

–¿Crees que soy insensible? –me preguntó distraído.

–No.

–No soy insensible –dijo–. Pero ¿qué sabía ella lo que es quedarse solo? Siempre me tuvo. No trabajó ni un día de su vida. Ahora está muerta. ¿Y yo qué? ¿Pensó en mí antes de tomarse las pastillas? Eso es ser insensible.

–Así son los hijos –le dije, a punto de llorar.

Me miró extrañado.

–¿Por qué quieres llorar?

–Así me pasa en los velorios –le dije.

–¿Sabes cuánto me está costando este velorio?

–No.

–Mucho.

Las lágrimas comenzaron a salir y a rodarme por la cara sin que pudiera controlarlas. Qué diablos; un velorio era un buen pretexto para llorar.

–Ojalá viniera más gente para que valiera la pena el gasto –dijo.

–Sí –le dije.

–No tengas más hijos –dijo–. Yo sé lo que te digo.

Y entonces fue él quien empezó a llorar.

–¿No se dio cuenta de que me iba a quedar sin quien me hiciera de comer? –sollozó–. ¿No se dio cuenta de que ya estoy viejo?

–No –le dije.

–Cuatro pesos –dijo–. Diez pesos en total. Se veía como una princesa. Ahora se ve como si estuviera muerta y no fuera a regresar.

Se limpió la nariz en la camisa. Estaba sucia y zurcida de una manga.

–Está muerta –le dije–. No va a regresar.

Me tocó un brazo con una mano deformada por la artritis. Sentí miedo.

–¿Me vas a visitar de vez en cuando? –preguntó–. Tú eres mi amigo. No tengo amigos. ¿Vas a ir a verme?

–Sí.

–Te bajo los intereses un veinte por ciento.

–Sí.

–Mejor solo un quince; las cosas no están para tirar el dinero.

–Está bien –le dije, y me paré–. Tengo que irme.

–Ven a verme el jueves. Me puedes bajar a la puerta y llevarme a cobrar al mercado.

–Está bien.

–No está mal por un quince por ciento de rebaja en los intereses, ¿verdad? –y se secó las lágrimas–. Debería rebajarte solo el cinco por ciento. O nada. Podrías ser como mi hijo, como un nuevo hijo, pero entonces no te rebajaría los intereses.

No le contesté.

Me quedé un rato frente a mi casa, sin atreverme a entrar. Las luces estaban encendidas, como habían estado los tres meses anteriores, día y noche. Aún no se había fundido ningún foco, y me preguntaba si no sería un buen presagio.

Un cigarro, pensé. Hubiera dado cualquier cosa por un cigarro.

Los billetes me abultaban el bolsillo. A la vuelta había una farmacia que abría toda la noche y podía comprar una cajetilla; necesitaba fumar. Suspiré: si gastaba en cigarros no me lo perdonaría.

–¿Qué pasó? –preguntó mi mujer cuando entré en la casa.

Resopló con alivio cuando le di los billetes.

–¿Por qué tardaste tanto? –me preguntó mientras íbamos a la recámara del fondo, donde todo olía a encierro, a pomada y a cosas tristes.

–Me quedé platicando con el viejo.

–Desgraciado –dijo mi mujer–. ¿De qué puedes hablar con ese maldito?

–De los hijos –contesté–. De cosas.

–¿Lloró por su hija?

–Sí.

–A lo mejor eso lo salva del infierno –dijo, sin atreverse a abrir la puerta del fondo–. A lo mejor por fin tuvo un buen sentimiento.

–A lo mejor.

Nos miramos a los ojos. Hubiera querido abrazarla y decirle que todo estaba bien, que alguna vez olvidaríamos aquellos días, que estábamos juntos y que eso era lo más importante.

–Entremos –me dijo–. La niña ha preguntado por ti.

El cubano

Por esos días el Coronel andaba fuera de la ciudad y había que esperarlo para que interrogara al tipo antes de que se muriera. Era un asesino profesional que había tratado de matar a un secretario de estado por orden de otro secretario de estado. El que lo había contratado renunció por razones de salud o algo así, y se fue a curarse tan lejos como le alcanzó el planeta. Pero el cubano tenía que morir. A mí me tocó cuidarlo durante dos noches, por allá por el sur de la ciudad.

El Ronco y el Perro lo habían pescado. Durante un par de días se dedicaron a darle de golpes, como por no dejar. Pero el cubano era un profesional y yo un novato, y no sabía cómo portarme sin hacer el ridículo.

Se veía cansado. Nunca se puso de mal humor, y hasta creo que me agarró cariño. No delató. Tampoco hacía falta: había otros tres o cuatro que habían cantado más de lo que sabían. Había tanta gente metida en el embrollo del atentado que a la semana de investigaciones parecía que todo el país se había puesto de acuerdo para matar al secretario. Así que no era importante que el cubano hablara, y no habló. Aguantó los interrogatorios como el que aguanta ocho horas diarias detrás de un escritorio. Cuando el Coronel habló con él, el Ronco le puso una bala en la nuca. Así terminó nuestra amistad.

Se llamaba Epifanio Cortés, nació en La Habana y llegado a Miami en 1962. Decía que no tenía nada contra la Revolución, pero que le gustaba la

buena vida. Le dieron la nacionalidad gringa en 1969 y a los dos meses estaba en Vietnam. Tuvo suerte. Lo regresaron a Estados Unidos cinco meses después, con una herida en una pierna. Me la enseñó. No parecía cosa del otro mundo, y él mismo decía que no era para tanto, pero que le dolía cuando hacía ejercicio o cuando el clima estaba húmedo.

Me habló de las putas vietnamitas –«se ríen demasiado, así como sin ganas», me dijo– y de cómo le perdió miedo a la muerte en una emboscada cerca de Saigón, al mes y medio de llegar.

–Los vietcong eran gente –me dijo–. Parecían diablos, pero eran gente. Los tiros les dolían igual, y hasta más, porque estaban más hambreados. Los gringos se cagaban cuando había balacera y trataban de irse rápido. Pero yo vi la cara de un vietcong que tenía un balazo en la panza. No sé si yo se lo di; creo que no. Estuve viéndolo más de una hora, hasta que se murió. Las balas pasaban por todas partes y yo estaba agachado junto a él, apuntándole a la cara y viendo cómo se moría. ¿Y sabes qué vi? Miedo. Yo me hubiera puesto igual con un agujero de ese tamaño, pero el que se estaba muriendo era él. Todo el tiempo estuvo diciendo cosas, a veces hasta gritaba, pero no le entendí. Creo que me estaba pidiendo un favor. No es cierto que todos se murieran calladitos, como en las películas. Este se murió hablando y asustado. Desde ese día dejé de sentir miedo. Me acordaba de él y se me quitaba el miedo.

Decía que fumaba bastante, pero no había cigarros ni permiso de llevarle, así es que se pasó la primera noche retorciéndose los dedos y diciendo «coño» cada cinco minutos. La segunda noche tenía la boca seca, apretaba los dientes y los ojos se le ponían rojos, como cuando uno tiene fiebre.

–Cuando me maten me gustaría que alguien estuviera conmigo –me dijo–. Quiero decir alguien que se asegure de que me dejaron bien muerto y me cierre los ojos y eso. No quiero que me consuelen, solo que estén conmigo. Debe ser feo morir solo. Aquel vietnamita se murió hablándome; a lo mejor me estaba contando cosas importantes. No sé si se murió feliz, pero por lo menos se murió acompañado. Eso es lo que quiero.

La segunda noche fue cuando más habló. Me contó de las noches «de antes» en La Habana, llenas de ruido, luces y mujeres. Trabajaba de afanador en un hotel de paso, y a veces espiaba por los resquicios de las puertas a las

putas recién despertadas. Algunos de los clientes, a veces, le ofrecían dinero para que entrara al cuarto con ellos. Me dijo que nunca aceptó, pero de todos modos le daban buenas propinas. Después se dedicó a conectar putas y drogas, hasta que vino la revolución.

–La Habana se puso triste –me dijo, y se quedó viendo una pared como si hablara de la muerte de su mamá.

A eso de las cuatro de la mañana me habló de su hija, que tenía siete años y estaba muy desarrollada para su edad. «Vive en Minneapolis –me dijo–. Si tuviera una foto te la enseñaría». Me dijo que iba a ser igual que su madre. Después dijo que matar gente no era tan malo. La gente le caía bien, pero algunos eran idiotas y querían romper el equilibrio de las cosas. En su negocio pagaban bastante, me dijo, pero eso no era lo más importante; más bien le parecía curioso y «atractivo» ver cómo se moría la gente. Allí estaba una persona, completa, con pasado, presente, familia y hasta títulos universitarios. De repente una onza de metal hacía que se convirtiera en nada. Nada adentro de los ojos, nada en la cabeza ni en las tripas ni en ningún lado. Como un coche descompuesto. Allí está todo el equipo, motor, ruedas y frenos, pero sin chispa.

–¿Te doy un consejo? –me preguntó, y le contesté que sí–. No mates a nadie por odio. Es tonto. Si odias al muerto te vas a arruinar la vida. No vas a dejar de pensar en él. Tampoco mates por placer. Es de gente enferma. Mata por dinero. El que mata por dinero no es asesino. Tampoco mates por lástima. Cuando te veas en el espejo te vas a sentir como un estúpido. Mata por dinero.

Y también:

–No te burles de tus muertos. Son lo único que tienes. Respétalos. Son gente.

Y también:

–Si algo no te huele bien no hagas el trabajo. Hay que seguir las corazonadas.

Le pregunté si había tenido la corazonada de que lo íbamos a agarrar. Se encogió de hombros.

–No siempre resulta –dijo.

Le pregunté cómo conseguía a sus clientes, si tenía una red de contactos, y se rio a carcajadas.

–Las redes son tonterías –dijo–. Alguien canta tarde o temprano. Si quieres dedicarte a esto busca un buen abogado. Siempre hay un buen abogado que te va a poner las cosas en bandeja de plata, y sin peligro. Los abogados saben mucho de la vida –y se rio casi hasta ahogarse.

–¿Quién es tu abogado? –le pregunté.

El me guiñó un ojo y se quedó callado un buen rato. Me caía bien.

Me preguntó de mi trabajo. Le dije un par de mentiras que lo divirtieron. Me contó que hacía meses se había comprado un abrigo de mink negro, pero que solo podía usarlo dentro de su casa; no podía llamar la atención llevando algo así en la calle. Lamentaba no haberlo disfrutado más.

–¿Quién eres tú? –me preguntó cuando estaba amaneciendo.

–Un policía –le dije.

–Tú no eres un policía.

–¿Qué soy?

–Un artista –me dijo, y nos reímos como locos–. Tú y yo somos artistas.

A esas horas se nos acabó el café. Habíamos tomado más de tres litros y cada media hora nos levantábamos al baño. No solté la pistola ni medio segundo, no le di la espalda ni me le acerqué a menos de dos metros. Pero sabía que éramos amigos y que no trataría de escaparse.

A eso de las siete los ojos me ardían. Tenía tres días de no dormir. Él me contó que nunca había comprado una casa, que guardaba todo su dinero en el departamento de su mamá («dentro de dos semanas cumple años», dijo), que su hermana la mayor había pescado la polio a los tres años y no sé cuantas cosas más.

De repente me ganó el sueño y cabeceé una vez, solo una. Duró una fracción de segundo. Fue como si hubiera dormido una noche completa. Me desperté descansado, con la cabeza despejada y apuntándole a la frente. Él no había tenido tiempo de parpadear.

–Méteme un tiro –me dijo.

–No –le dije.

–¿Somos amigos?

–No –le dije.

–Los otros no saben nada de mí. Méteme un tiro.

–No –le dije.

–Mátame tú.

–Nunca mates por lástima –le dije–, ni por amistad.

Se rascó la cabeza.

–Tú y yo somos artistas –dijo.

A las ocho y media llegaron el Ronco y el Coronel. Por la noche fueron a tirar al cubano a un canal de desagüe.

–Así pasa al principio –me dijo el Coronel al día siguiente.

–¿Qué? –le pregunté.

–Nunca te acostumbras –me dijo–, pero después ya puedes dormir en paz.

Me dio cien pesos para que me fuera al cine. Pasaron una de vaqueros.

Fade out

–¿Quién? –volvió a preguntar.

Su voz me estaba cansando. A ratos era ronca y agradable, pero se pasaba el tiempo tratando de hablar como niña pequeña. No le quedaba ni a su estatura ni a su cuerpo. Pensé que la iba a extrañar: su madre la había copiado de alguna estatua, y uno no deja sin remordimientos a alguien que parece una estatua.

–¿Quién? –repitió.

No había gritado, pero la voz se le puso tan chillona que me dieron ganas de golpearla.

–Nadie –le dije–. No conozco a nadie. Me he pasado metido en la cama contigo.

Seguí barajando las cartas. La mesa estaba sucia. Todo estaba sucio. El baño estaba sucio. Cada vez que entraba al baño tenía miedo de que algo me mordiera. No había luz, no había regadera, solo el excusado, el lavabo, una manguera conectada al lavabo y una cubeta para bañarse.

Se quitó las sábanas de encima. La cama estaba a tres metros y aun así me llegó todo su olor; era de esos que hacen que uno deje de pensar. Tres semanas antes no lo había pensado y me había tirado de cabeza en la cama; ahora pude soportarlo.

Se arrodilló en la cama y empezó a acariciarse los pechos y las caderas.

–¿Alguien te ha dado algo mejor?

–No –le dije.

Se apretó el pubis con las manos.

–¿Mejor que esto?

Saqué otra carta.

–Seis de espadas –le dije–. No me acuerdo qué significa.

–Deja las cartas –me dijo.

Se echó boca arriba, con las piernas abiertas.

Saqué otra carta y se la enseñé.

–Nueve de espadas –le dije–. ¿Sabes qué significa el nueve de espadas?

–Que se vaya a la chingada el nueve de espadas. Quiero que vengas.

–Ya no –le dije.

Puse aparte el nueve de espadas y seguí barajando. Se puso furiosa.

–¿Me vas a dejar? –preguntó.

–Sí –le dije.

–A mí no me dejas –dijo, sentándose otra vez–. A mí nadie me deja. Yo dejo a quien se me da la gana, pero a mí nadie me deja.

Saqué otra carta: dos de espadas. Se la enseñé.

–Obstáculos –le dije–. Nueve de espadas y dos de espadas. Parece que hoy solo van a salir espadas. ¿De verdad no sabes lo que quiere decir el nueve de espadas?

Se paró. Era casi tan alta como yo. Estaba sudando. Yo también; hacía calor.

–Crees que soy ninfómana, ¿verdad? –estaba caminando hacia mí, como gato que va a descuartizar a una mariposa–. Pues no soy ninfómana. Si los hombres no aguantan a una mujer de verdad, peor para ellos.

Saqué otra carta.

–As de espadas –le dije–. Eso significa que sí eres ninfómana.

Me dio en la oreja con la mano abierta. El mundo se puso rojo.

Cuando me di cuenta ella estaba en el suelo, con la cabeza sobre la cama. Un ojo se le estaba hinchando y tenía la boca reventada. Yo estaba parado en medio de un reguero de cartas. Me costaba respirar. La mesa estaba tirada en el suelo.

–¡Te vas a la mierda! –me gritó–. ¡Te vas a la mierda!

Por lo menos estaba viva. Me sentí bien de que estuviera viva.

Recogí una carta.

–As de copas –le dije–. Casa, hogar, familia.

No me dio tiempo de abrir la puerta. Dio un grito. Me volví y la vi venir con algo en la mano. Una lata de sopa. No sé si uno es estúpido o qué: de lo primero que me di cuenta fue de que la lata estaba oxidada en uno de los bordes. Casi me dio un ataque de risa.

Fue fácil quitarle la lata. Lo difícil fue lograr que me soltara. Me abrazó y empezó a decirme que no la dejara, que me iba a matar, que la perdonara, que era un hijo de puta, que me quedara con ella. Trataba de besarme y me mojaba de lágrimas. No me sentía bien.

–De todos modos me voy a ir –le dije.

Pensé en la policía, que estaba allá afuera, en todas partes, y no me importó. Daba igual que me agarraran ahora o dentro de diez años.

Me soltó.

–Está bien, te vas a ir, pero mañana. Hoy quiero que estés conmigo. Solo hoy. La última vez. Solo hoy.

De todos modos debía ser más de la una de la mañana y no tenía dónde ir. El cuatro de oros estaba tirado contra una pared. Lo recogí y se lo enseñé.

–Cama de amor –le dije–. Ve a darte un baño.

–¿No te vas?

Le besé la frente. Ella se metió al baño.

El departamento era solo un cuarto inmenso. Allí cabía la cocina, el baño, el comedor –una mesa y dos sillas–, la cama y un ropero grande. Junto al ropero había una ventana que daba a la bahía. De vez en cuando se oían las sirenas de los barcos. Era un sonido triste. Pensé que a alguien que está huyendo no se le ocurriría ir a Acapulco sin dinero y con todos esos policías dando vueltas por todas partes. A mí se me había ocurrido.

En el baño se oía cómo se llenaba la cubeta. Abrí una puerta del ropero.

Los roperos son lugares raros. En ese lo primero que se veía era un payaso de trapo, desteñido y feo. Alrededor, miles de cosméticos y perfumes. Mi cara me vio desde un espejo pegado en el fondo; parecía tranquilo, pero no me confiaba de las apariencias. Abrí la otra puerta: tres vestidos chillones, tres batas, un par de pantalones y blusas y no mucho más. Regresé a la primera puerta y abrí el cajón de hasta abajo. Estaba lleno de ropa interior. Si

había algún secreto, me dije, tenía que estar allí. De seguro sería un secreto de lo más estúpido.

Metí la mano debajo de toda ropa interior y me puse a hurgar. Había una caja de madera.

Era de cigarros cubanos. Adentro había papeles. En el baño sonaban cubetadas de agua.

Una carta arrugada, sin sobre: «...ahora sí voy a llegar en diciembre, las obligaciones con la familia...» Otra carta de un tal JFE de El Fuerte, Sinaloa: «...y ojalá que puedas venir para la boda. Manuel es muy...»

Fotos.

Una reunión familiar en blanco y negro. Ella a color con una flor en el pelo y una blusa de flores. Una estampa de San Judas Tadeo. Una niña recibiendo una hostia con traje de primera comunión. Un hombre viejo y con cara de angustia en tamaño pasaporte.

–Allí no vas a encontrar nada –oí que me decía.

Estaba en la puerta del baño con una toalla alrededor del pecho. Solo tenía una toalla.

–¿Nada de qué? –le pregunté.

–Abre el cajón de en medio –me dijo–. Busca un sobre de Kodak.

Puse la caja de puros en su lugar y abrí el cajón. Había adornos de porcelana barata, unas medias blancas hechas bola, unos cuadernos, una cigarrera de metal y un sobre amarillo. Dentro había unas fotos.

En la primera ella estaba acostada, desnuda, sonriéndole a la cámara. Se veía más joven y mucho más delgada. En otra estaba con un tipo gordo entre las piernas.

–¿Te gustan?

–Están bien.

Volví a meterlas en el sobre.

Se quitó la toalla y se puso a secarse el pelo.

–Míralas.

Le costaba trabajo hablar; una herida le cruzaba los labios.

En otra foto, otro hombre que estaba con ella. Había otras, todas por el estilo.

–No soy ninfómana –dijo.

Metí las fotos en el cajón. No me había dado gusto ver las fotos, aunque me dije que a lo mejor algo así andaba buscando.

–Son de hace como cuatro años –me dijo–. Tenía otras, pero las quemé.

Se sentó en la cama.

–Ven –me dijo–. Te quiero contar una cosa.

Me senté a su lado.

–Quítate la ropa.

Me acordé del nueve de espadas. Debía estar por allí, en medio de todas las cartas regadas. No hay nada peor que un nueve de espadas, me había dicho ella –otra ella– no mucho tiempo atrás.

Me quité la camisa y me besó un hombro.

–Ya sé que te vas a ir –me dijo–. Todos se van. ¿Sabes por qué se van?

Le acaricié una pierna.

–Porque me tienen miedo –dijo–. No me entienden. Mi hijo también se fue.

–¿Tienes un hijo?

Se paró y fue al ropero. Abrió el cajón de hasta arriba. Hurgó dentro y volvió a cerrarlo. Apartó las cortinas y se asomó a la ventana.

–¿Por qué estás en Acapulco? –me preguntó.

–Se me ocurrió venir –le dije.

–¿Por qué no me dices la verdad?

–Todos vienen a Acapulco porque se les pega la gana.

–Tú no.

–Me dijiste que había una cosa que me querías contar.

–Que todos los hombres se van –dijo mirando hacia afuera–. Que tú también me quieres dejar y que me estás mintiendo. ¿Cómo sé que no me vas a matar hoy en la noche?

Desde hacía un rato tenía ganas de ir al baño. Respiré hondo y fui. No es fácil orinar en un lugar como ese, pero lo logré. Soporté el asco pensando en un folleto turístico que tenía cuando era niño, que guardé hasta que casi era adulto. «Visite Acapulco», decía, y se veía a una rubia con un bikini de colores que esquiaba en la bahía. Por eso Acapulco fue el primer lugar que se me ocurrió para esconderme. Pasé una semana caminando por las playas, comiendo en las playas, durmiendo en las playas. Me sentía estúpido.

Después del tercer día ya nadie trató de venderme elefantes de ónix ni memberships para ningún club; la única ropa que traía estaba sucia y arrugada. Ella me invitó a comer y me dijo que podía dormir en su casa. Pero no dormí. Horas y horas y horas de sexo y sudor. Nunca creí que pudiera sudar tanto.

Su casa era un buen lugar para esconderse, en el barrio del Pozo (así dijo que se llamaba), a unas cuadas de La Quebrada, en medio de un laberinto de callejones. Parecía que nadie había caminado desde hacía años por muchos de ellos.

Salí del baño. Ella seguía viendo por la ventana. Sus nalgas eran algo fuera de lo común. Solo había visto otras así en las películas.

Me senté en la cama. Me quité la ropa.

–Tuve un hijo –dijo.

–¿Tuviste?

–Tuve.

Me acosté en la cama. No me sentía bien.

–¿Vienes? –le pregunté.

–No.

Cerré los ojos. La cama olía a sudor.

Necesitaba un trabajo.

–¿Cuánto pagas de renta? –le pregunté.

–Trescientos. Incluye agua y luz.

No estaba mal.

–¿En qué trabajas? –le pregunté.

Sentí que se sentaba en la cama. No quise abrir los ojos.

–Tú sabes en qué trabajo.

Se recostó en mi pecho. Su pelo me hizo cosquillas.

–¿Y tu hijo?

–Ya no está.

Le acaricié el pelo. Olía a coco.

Algo húmedo me corrió por el pecho. Ella respiraba como si llorara.

–Nadie sabe nada –dijo.

Un rato después estaba dormida. Me vestí, agarré quinientos pesos de su bolsa y salí.

Caminé rumbo a La Quebrada. Debían ser las tres de la mañana. Todas las luces en todas las casas estaban apagadas. Me gustó el aire espeso.

Acapulco, me decía, Acapulco. Lo que había alrededor no tenía nada que ver con el folleto turístico que guardé durante todos esos años. No tenía que ver con nada. Eran casas viejas y maltratadas, las alcantarillas olían mal, había basura en las cunetas.

Bajé una cuesta muy empinada. Había una señal que decía Sinfonía del Mar. Había estado allí el primer día que llegué. Era un anfiteatro que daba a mar abierto. Me deprimía pensar en el mar abierto. Me di la vuelta y regresé por la misma calle.

Un pick-up venía hacia mí, con las luces apagadas. Había gente en la parte de atrás. Si hubiera tenido los lentes me hubiera dado cuenta de que eran policías. Pero no traía los lentes, y solo lo supe cuando el pick-up frenó con un chirrido y los policías se bajaron de todas partes y me rodearon, apuntándome con sus armas. Eran cinco.

Levanté las manos como había visto que se hacía en las películas.

—¿Qué haces aquí a esta hora? —dijo el que se me puso enfrente, un tipo bajo y fornido.

—Nada —dije.

—Regístralo —le dijo a otro.

El otro dejó el arma sobre la nariz del pick-up y me cacheó. Me dieron escalofríos. Después metió una mano en las bolsas y sacó todo.

—No tiene identificación —dijo.

Le dio el billete de quinientos.

—¿Sabes lo que te puede pasar por no traer identificación? —dijo el fornido con una sonrisa.

—No.

—Te pueden andar matando. Date de santos que te pescamos nosotros; si te agarran los del ejército, te matan.

Se metió el billete en el bolsillo.

Pensé en salir corriendo. Algo notó el fornido, porque me clavó el cañón de su arma en el estómago.

—Ni se te ocurra —me dijo—. ¿Cómo te llamas?

Le di un nombre.

–¿No serás guerrillero?

–No. Soy turista.

–No me chingues –dijo, y la sonrisa se le puso más grande–. Los turistas están allá –señaló rumbo a la Condesa.

–Vine a visitar a una amiga.

–Enséñame qué traía en la bolsa –le dijo al que me había cacheado.

Estaban las llaves de la que había sido mi casa durante muchos años. Monedas sueltas. El anillo.

–¿Y este anillo? –me preguntó.

–Es mío.

–Enséñame las manos.

No me quedaba ni siquiera en el meñique. Ella había sido muy pequeña y de manos delgadas.

–¿A quién se lo robaste?

Era mejor correr. Me pregunté cuantos metros podría avanzar antes de que empezara a sentir las balas en la espalda. Me pregunté si las sentiría. Lo intenté, pero los músculos ni siquiera se movieron.

–No soy guerrillero –le dije–. Solo vine a visitar a una amiga que vive en el barrio de El Pozo.

–¿Dónde queda eso? –me preguntó.

–Tres cuadras para allá.

La cabeza me reventó y el piso subió hasta mi nariz. La nuca me empezó a doler antes de que me estrellara. No me había fijado en un policía que tenía detrás.

El tipo fornido me pateó en las costillas.

–Estás muy pendejo –dijo–. Te voy a llevar.

–¿Por qué?

–Por pendejo.

Me levantaron entre dos y me tiraron en la cama del pick-up. Me golpeé una ceja y un ojo se me empezó a llenar de sangre.

–Ese no es el barrio de El Pozo. El barrio de El Pozo está muy lejos de aquí, por Renacimiento –dijo el tipo asomándose a la cama del pick-up–. Ahora sí te llevó la chingada, por pendejo.

Me acordé del retén de soldados que había en la carretera y de cómo nos habían hecho bajarnos del camión para revisarnos. Descargaron todo el equipaje y abrieron cada maleta y cada bolsa. A un muchacho lo pusieron aparte y ya no lo dejaron subir al camión. Un soldado se quedó apuntándole al pecho y él parecía a punto de llorar. No dijo nada, solo parecía que iba a llorar. A lo mejor era guerrillero.

–A mí me dijeron que así se llamaba.

–Pues qué pendejo de creértelo –dijo–. Por andar creyendo te va a llevar la chingada.

Me agarró del pelo y me estrelló la cara contra el piso. Pensé que hubiera sido mejor salir corriendo –una lluvia de balas; me había gustado la frase– o quedarme encerrado hasta que fuera de día. O no haber venido nunca a Acapulco. O no haber guardado el folleto durante tantos años. O no haber nacido.

–¿Y tú qué haces aquí? –oí que decía el fornido con voz divertida–. Vas a agarrar un catarro.

–Ando buscando a mi patrón.

Era ella. Usó la voz de niña mimada, pero ahora me pareció dulce.

Los policías se rieron.

–¿Tú tienes patrón? –preguntó uno–. ¿No dijiste que primero muerta?

–A lo mejor ya me morí –dijo ella–. ¿A quién agarraron?

–A un pendejo –dijo el fornido–. Se lo va a llevar la chingada por pendejo. Todos volvieron a reír.

Ella se asomó. La herida en la boca se le veía negra; la hinchazón en el ojo no era para tanto, pero le deformaba la cara. Era bonita.

–¿Qué te pasó? –me preguntó.

–Me agarraron. Dicen que ese no es el barrio de El Pozo.

–Entonces los que están pendejos son ellos. Sal de allí.

Me senté. Todo daba vueltas alrededor de mi cabeza.

–Lo vas a dejar ir –le dijo al tipo fornido–. No te vas a llevar a mi patrón. Todos se volvieron a reír, menos el fornido.

–¿Y quién eres tú para darme órdenes?

Ella le metió una mano por la camisa y le frotó el pecho.

–Tú sabes quién soy –le dijo.

–¿Ese cabrón te puso así? –dijo señalándole la cara.

–Tú lo pusiste peor.

El fornido caminó hacia la camioneta y se me quedó viendo. Se rascó la cabeza.

–Eres pendejo –me dijo–. No andes saliendo de noche porque te van a salir los espantos.

Bajé del pick-up y me paré frente a él. No me llegaba ni a los hombros.

–¿De día sí puedo salir?

–Mejor no le toques los huevos al tigre –dijo–. Llegando adonde vayas te pones a rezar y te santiguas tres veces. Di que volviste a nacer.

Ella me jaló de un brazo.

–Después paso a verte –le dijo.

–No dejes que cualquier pendejo te arruine la cara.

–Vámonos –me dijo.

Caminamos hacia uno de los callejones por los que nadie había caminado en años.

–Espérate –dijo el tipo fornido–. ¿Esto es tuyo?

Tenía el anillo en la mano. Ella lo agarró.

–No –le dijo–. Pero gracias.

La mesa ya no estaba tirada. Las cartas estaban puestas en un mazo.

Agarré una y se la enseñé.

–As de oros –le dije–. Felicidad, dinero, todo lo bueno.

–De veras que eres pendejo –dijo riéndose–. Si no te agarran estos, no vuelves a aparecer. Siéntate para que te limpie la cara.

En la cocina mojó un trapo. Tomé otra carta: seis de oros. ¿Qué significaba el seis de oros? No pude recordar.

Se sentó frente a mí con una taza llena de agua y el trapo. Me limpió la ceja; dolía.

–¿Extrañas a la del anillo? –preguntó como quien no quiere.

–¿Sabes lo que quiere decir el nueve de espadas?

–No me importa. ¿La extrañas?

–Sí –le dije.

–Ella te enseñó a leer las cartas.

–Yo no leo las cartas –le contesté–. Nadie lee las cartas.

Mojó el trapo en la taza. El agua se llenó de tierra y sangre.

–¿Vas a regresar con ella?

–No.

–En esas cosas nunca puedes estar seguro –dijo.

–Yo sí.

Me estaba limpiando la cara con suavidad, pero de pronto me dolió como pocas cosas me habían dolido en la vida. Ella no pareció darse cuenta de que estaba llorando.

–Creí que eras gente de Lucio Cabañas –me dijo–. Cuando te conocí te portaste muy misterioso. Ahora sé que no es eso.

–No es eso –le dije.

–Mañana voy a lavar el baño –me dijo cuando ya estábamos acostados–. No puede seguir así.

No contesté.

–Hace como dos meses mataron a un muchacho aquí enfrente, casi en la puerta. Yo no vi, pero oí el disparo. En el diario dijeron que fue la guerrilla. ¿Tú crees que haya sido la guerrilla?

No contesté.

–¿Por qué te quedaste con ese anillo? –me preguntó–. No hay que tener recuerdos.

No contesté.

–Buenas noches –me dijo.

Un barco tocó la sirena en la bahía poco después de que salió el sol. Ella también seguía despierta.

–Esas cosas duelen al principio –me dijo–, pero después se olvidan.

–¿Cuáles cosas?

–Esas.

El campeón

El día de la última pelea había un frío seco que hacía rechinar los dientes y el aire calaba hondo. El Campeón parecía resentirlo más. Era muy sensible a los cambios de temperatura.

A veces yo llegaba y le decía cualquier cosa y él se reía. Me la pasaba bien porque se ponía a contar chistes y a reírse como niño. Los chistes que contaba eran malos y no importaba, los contaba con ganas. Pero había veces en que podía romperte la nariz solo por mirarlo a los ojos. «¿Cuál es el problema?», te preguntaba, y cualquier cosa que le contestaras significaba que estabas en un pleito.

Decía que cuando se enojaba veía todo rojo y que no reconocía a la gente. Solo pensaba en matar, como cuando estaba en el ring. Cuando se ponía furioso daba miedo solo de mirarlo a los ojos. Se veía raro con su cara de niño y los ojos de demonio. Hasta al Ciego le tocó saber lo que era el Campeón cuando se enojaba, y eso que era su amigo.

A mí también me tocó. Conmigo no pasaba de dar gritos y hacer berrinche, porque me respetaba demasiado como para hacer tonterías. Pero mandó a cuatro al hospital en el tiempo en que lo conocí, además de los que no me enteré. Lo veías serio y te ponías a rezar para que no fuera contigo, porque con alguien tenía que desquitarse cuando se ponía así. Solo le pasaba de tarde en tarde, pero fueron cuatro veces que tuve que sacarlo de la cárcel y

varias más tuve que dar dinero para que no se lo llevaran. Por suerte no le gustaba tomar. Borracho hubiera sido peor.

Casi siempre era muy dócil, demasiado dócil. Lo veías y te daban ganas de que se pusiera violento con tal de que hiciera algo, que llorara o lo que fuera, pero que se moviera. Casi siempre que le agarraba por estar como piedra era porque le había llegado carta de su hermano. «Un día de estos vamos a visitar a mi hermano», me decía, y no volvía a decir nada. Se pasaba tres o cuatro días dando vueltas por la casa como sonámbulo o se sentaba cuatro o cinco horas sin moverse y viendo para ninguna parte. «Vamos a dar una vuelta», le decía yo, pero casi nunca me oía.

Durante un tiempo lo único que supe de su hermano era que vivía en Estados Unidos y que le escribía varias veces por año, en su cumpleaños, en navidad y cuando necesitaba dinero. Un día de tantos, en una de las depresiones del Campeón, se me ocurrió ir a su cuarto y leer todas las cartas de su hermano para ver si encontraba algo que le pudiera ayudar. Los sobres no tenían remitente, solo una lista de correos en Atlanta, con una letra que le hubiera dado vergüenza a un niño. En el interior había otro sobre sin remitente, en blanco, como si su hermano le hubiera mandado la carta a alguien para que a su vez se la mandara al Campeón. Demasiado complicado para que no hubiera algo raro.

Leí las cartas. Casi todas eran iguales. Hablaban de la niñez del Campeón y de su hermano. Puros recuerdos, casi siempre los mismos; solo cambiaban algunas palabras, a veces ni eso. Nunca le contaba al Campeón sobre su vida. Uno siempre tiene cosas que contar, pero el hermano del Campeón más bien parecía tener cosas que ocultar. Parecía que quería ocultarle todo, y que solo escribía para que el Campeón se enterara de que estaba vivo y le mandara dinero.

«Al diablo», dije, y fui con el Campeón y le enseñé las cartas.

—¿Qué son estas cartas? —le pregunté.

—Cartas —me contestó.

Estaba en uno de sus días de depresión.

—¿Qué tienen las cartas de tu hermano que te ponen así? —le pregunté—. No es bueno que te pongas así porque afecta tu condición, no entrenas, no haces nada, te la pasas todo el día en las nubes.

–Son cartas de mi hermano –me dijo, como si con eso explicara todo–. Ponlas en su lugar.

Era uno de esos días en que preferías verlo enojado, aunque después me arrepintiera.

El Campeón era raro. Como un niño que no supiera qué hacer con su vida. Cuando no estaba deprimido y no tenía pelea se la pasaba dando vueltas de un lado para otro, como si tuviera pulgas.

Caminaba muchísimo, se iba a las tiendas y compraba tonterías: muñequitos de plástico, máquinas de coser, zapatos rojos, lo que se le ocurriera. Una vez me regaló un juego de plumas de oro; igual me hubiera regalado un gato que se encontró en la calle o un monedero de señora que compró en una barata. Salía y compraba cualquier cosa. En su casa había un cuarto completo de las tonterías que compraba. Todas estaban puestas en una estantería o sobre una mesa para doce personas que compró carísima y que no cupo en el comedor. Cada tres o cuatro meses yo le decía que había que hacer limpieza, que escogiera lo que le gustara y que lo demás podíamos regalarlo.

–Regálalo todo –me contestaba, y yo se lo daba a alguna asociación de caridad y le avisaba a la prensa que el Campeón había hecho un donativo.

Había ganado mucho dinero en poco tiempo y no sabía qué hacer con él. La fama no le caía bien. La aguantaba porque era el mejor wélter del mundo, pero no tenía que ver con él. Le gustaba boxear, y era un magnífico boxeador, lo traía en la sangre. Así decían todos los periodistas: el Campeón nació con los guantes puestos.

A veces se pasaba horas y horas viendo cintas de las peleas de campeonato. Tenía docenas de cintas que le había comprado carísimas a uno de la televisión.

–Ese tipo te estafó –le decía yo.

–Peor para él –contestaba.

Cuando estaba de mal humor se ponía a ver las peleas de Floyd Patterson.

–Es un fraude –decía–. No sé cómo llegó a campeón del mundo –y se pegaba en las rodillas.

Decía que Patterson había sido todo lo que él no quería ser, que nunca había conocido un boxeador peor que Patterson, y salía a la calle a buscar bronca con cualquiera que se le atravesara, o a comprar tonterías.

Su héroe era Primo Carnera, nunca supe por qué. Había mandado a ampliar una foto en la que aparece dándole a Sharkey el golpe que lo convirtió en campeón pesado.

–Carnera era un fraude –le decía yo–. Más que Patterson. A Carnera lo inventó la mafia; Patterson por lo menos ganó a pulso el campeonato.

Contestaba que era cierto, pero que no le importaba.

En los diarios decían que el Campeón tenía buen punch, que nadie soportaba su punch, su punch por aquí y su punch por allá. No era cierto. Pegaba suave para su peso, pero sabía pegar en el lugar exacto. Decía que la sangre enojaba a sus rivales, que Alí tenía razón y que había que hacer que el otro se enojara cuando veía tanta sangre; lo decía como si no estuviera tan seguro. Todo el mundo creía que era un profesional frío, y no. El Ciego y yo estábamos con él cinco minutos antes de que subiera al ring y sabíamos que sentía pánico antes de cada pelea. No se veía muy diferente que como se veía siempre. Decía «Tengo sed» o «Qué horas serán», pero sabíamos que estaba muerto de miedo.

Sobre el ring parecía una máquina de matar, y eso era, una máquina de matar. Nunca mató a nadie, pero era una máquina de matar. Era audaz, a veces tonto. Al principio perdió peleas por eso, pero aprendió a dosificar el miedo y la audacia, y llegó a campeón. Desde el principio fue lo mismo. Dos rounds, tres rounds, y listo. Los hacía pedazos. Pero no porque tuviera punch; eso lo inventaron los periodistas. Y, sobre todo, tenía aguante. Si el otro llegaba al décimo, él seguía tan fresco como si acabara de empezar, mientras que el otro ya quería que tiraran la toalla. Lo purgaba que dijeran que era un fajador.

–Soy un boxeador, no un payaso –decía.

Pero era tan contundente que todo el mundo creía que era fajador. Hasta sus rivales lo creían. El Ciego juraba sobre la Biblia que no podía romper ni una tabla así de delgada. Quizá cuando se subía al ring sacaba más fuerzas de las que tenía y se convertía en un fajador, pero no creo. Esas cosas se ven si uno sabe ver, y al Campeón se le veía todo.

Siempre supe que tenía talento, y así se lo dije al Roto Castaneda cuando lo saqué de su gimnasio. Él dice que no es cierto, pero al Roto Castaneda siempre le gustó llevar la contraria. Además lo enojaba no haberse dado

cuenta de lo que tenía en las manos. El Campeón estaba en el gimnasio del Roto haciéndole de sparring por treinta diarios a novatos que no iban a llegar a ninguna parte. Se había hecho de mala fama porque tiraba a los otros a la lona con trucos sucios. Todos decían que nunca iba a hacer nada como profesional. Lo que pasaba era que no tenía nada de técnica. Era un costal de mañas, y las usaba todas, desde pegar en la yugular hasta pescar con el zapato la suela de su contrario para que perdiera el equilibrio. Pero era rápido, y preciso. Todos sabían que lo que hacía no era limpio, pero lo hacía con tanta rapidez que era difícil darse cuenta.

Como sparring era de lo mejor. Si quieres entrenar bien a un novato, ponlo contra un tramposo para que aprenda mañas y agarre reflejos. Claro que también tienes que darle técnica, y eso era lo que le faltaba al Campeón.

–Llévatelo –me dijo Castaneda–. Se está muriendo de hambre. Contigo por lo menos va a comer bien. Pero nunca va a ganar nada. Ninguno de los tuyos ha ganado nada. Todos están gordos.

Según Castaneda los buenos boxeadores tienen que pasar hambre para ser buenos. A lo mejor tenía razón, porque mis muchachos nunca pasaban de las preliminares. Pero no era porque comieran de más. Siempre fui estricto, pero no supe seleccionar a gente con talento.

Me fui a los vestidores y le dije al Campeón que si quería que lo entrenara. Se rio de mí. A la mierda, dije yo; ningún niño tonto se va a burlar de mí.

–¿Cuánto cobra? –me preguntó.

–Lo de ley y un diez por ciento más –le dije–. ¿Te parece?

Me conformaba con el treinta y tres, pero en realidad ni eso sacaba, porque a muchos los llevaba a mi casa, les daba de comer y hasta les compraba ropa para que mantuvieran la imagen. O como con el Kid Águila, que cobraba tan poco que se lo daba todo, y todo se le iba en darle de malcomer a su tribu de hijos. Pero ningún mocoso se iba a reír de mí en mi cara. Si quería burlarse a mis espaldas, ni modo, pero no en mi cara, por eso le dije que diez por ciento más, para obligarlo a negociar.

–Me parece bien –me dijo–. Empezamos cuando diga.

Estaba acostumbrado a que se pusieran a llorar de agradecimiento. Con él no hubo de eso. Terminó de ducharse y me dijo que me invitaba a comer a la fonda de su tía Lupe, una mujer que se reía como bruja. Fuimos y en ningún

momento le dijo a su tía que alguien estaba dispuesto a convertirlo en boxeador de verdad. Los muchachos como él casi siempre iban con sus parientes y se pasaban horas repitiendo que por fin alguien les daba una oportunidad, que iban a ser campeones del mundo. Él sólo llegó, le dio un beso a su tía, me presentó y pidió un guisado de puerco. Comió un montón de tortillas y se repitió frijoles. Nunca había visto comer así a nadie.

–Hay que cuidarte la alimentación –le dije, y pidió fruta.

No hace falta decirlo: fue el mejor que tuve. Fue mejor que cualquiera. Aprendía rápido y no ponía peros. Le explicaba las cosas y él se me quedaba viendo como si le estuviera dando una clase de filosofía y no entendiera nada. A veces parecía que no estaba haciéndome caso, porque cuando terminaba de hablarle se quedaba igual, sin moverse.

–¿Me estás entendiendo?

No contestaba. Me miraba otro rato, sacudía la cabeza y decía que sí, que me entendía perfectamente. Yo le decía que quería ver si era cierto y le daba instrucciones al Ciego para que le tirara lo mejor que tuviera.

El Ciego tenía mucha experiencia y sabía más trucos que un gato tuerto. Y era tuerto. Perdió el ojo izquierdo en una pelea de cantina y por eso no pudo seguir en el box. Como sparring era bueno. Los primeros días hizo pedazos al Campeón, sobre todo con su famoso upper, que nadie sabía de dónde salía ni por dónde entraba. Varias veces noqueó al Campeón. No lo desmayaba, pero ya no podía seguir entrenando.

–Dale fuerte, pero no me lo dañes –le decía yo–. Este no es como los otros. Este tiene madera.

–Así aprende más rápido –decía el Ciego.

Tardó casi siete meses en tirar al Ciego. Cuando por fin lo tiró, el Ciego agarró un ataque de risa que lo hizo toser y llorar. Era de la misma madera que el Campeón, la madera de los locos y los que van al Polo Norte para ver qué hay allí, solo para encontrar que todo está lleno de hielo y que hace mucho frío. Nunca supe nada de la vida del Ciego, excepto que tenía parientes para llenar un estadio. Cuando lo vi atarantado y muerto de risa, y el Campeón también riéndose como niño, me di cuenta de que eran hermanos.

Desde ese día casi no se separaron. Se convirtieron en amigos de esos que se conocen tanto que ya no se hablan y se la pasan juntos horas y horas frente a un vaso lleno de cualquier cosa (el Ciego tampoco tomaba), viendo pasar el tiempo. En la noche se iban juntos a caminar y regresaban a eso de las once; a las cinco de la mañana el Campeón pasaba por él para irse a correr.

–Tienes que dormir más –le decía yo–. Además ese negro está loco.

–Uno duerme lo que tiene que dormir –decía el Campeón.

–¿Qué tanto le ves al Ciego?

–Nada –me decía–. No tengo nada que verle.

Yo no usaba seconds. Solo éramos mi muchacho y yo; no necesitaba a nadie más. Los equipos son para los que no tienen ideas o talento. Quizá muchos de mis muchachos no tenían talento, pero yo sí tenía ideas. Nada de seconds. Los contrataba porque así era la ley, pero solo para la pelea, les pagaba lo justo y cada quién para su casa. Al sindicato no le gustaba. Trataron de meterme pleito en la Comisión, pero no pudieron. «Yo estoy haciendo box, no asambleas. No tengo tiempo para asambleas», les decía, y ellos se ponían furiosos. Si la ley dice que el Campeón debía tener seconds durante la pelea, yo cumplía con la ley, y lo demás los hacía a mi modo.

El Ciego no tenía licencia, no sé por qué problemas con la gente del Sindicato, y por eso no podía estar a un lado del ring, y al Campeón se le metió en la cabeza que quería al Ciego en todas sus peleas, que se sentía inseguro si no estaba.

–Tú siempre te sientes inseguro –le dije–. Si está o no está el Ciego, siempre vas a estar meándote del miedo.

Creí que se iba a enojar, pero no.

–Quiero al Ciego o no peleo –me dijo muy tranquilo.

Se me ocurrió mandarlo al diablo y decirle que no trabajaba con vedettes, pero no vi problema en cumplirle el capricho. Así que fui al Sindicato y a la Comisión, repartí billetes y logré que le dieran una licencia provisional, que tenía que revalidar cada tres meses.

A veces me enojaba que el Ciego solo servía para pasarle una esponja por la cara y darle agua. No le daba consejos durante la pelea. Ni siquiera le curaba las heridas, porque nunca hirieron al campeón, nunca le abrieron una

ceja, nada. Solo le pasaba la esponja, le daba agua y a veces una palmada en la espalda. Era un capricho: quería que el Ciego estuviera allí, nada más, y me salía carísimo, porque me cobraba como si fuera el mismísimo Ray Sugar.

–No le estoy pagando todo ese dinero para que te pase una esponja por la cara –le dije al Campeón.

No me contestó. Era uno de los días en que le había llegado carta de su hermano. Ese era el humor con el que estaba el día de la última pelea en Las Vegas. La Comisión no había dejado que el Ciego estuviera entre las asistencias; en Estados Unidos las cosas funcionan de otro modo. El Campeón se puso de un humor de perros desde que nos subimos al avión, y ya había tenido bastante tiempo de cocinar su mal humor cuando llegamos al hotel.

No sé cómo hice para que no le pegara al botones. El muchacho lo barrió con la mirada cuando vio la propina que le dio por subir la maleta, y el Campeón se le fue encima. Nunca pude convencerlo de que había que darle buenas propinas a la gente que hace cosas como cargar las maletas o servir la comida en los restaurantes o abrir puertas. Para él, trabajo era cualquier cosa que hiciera sudar. Para él los que viven de sonreírle a la gente eran unos zánganos. Odiaba a las secretarias. Decía que cualquiera podía recibir a la gente sin necesidad de secretarias, y que nunca se me ocurriera contratar una. Además no le gustaba que la gente se sonriera sin motivo, ni los promotores ni las mujeres que lo seguían.

Todos se sonreían cuando aparecía el Campeón. Allí está el Campeón, decían, y le sonreían, y él se ponía como fiera. Era raro que se sonriera. Quiero decir que todo él era raro. Pero pegaba como nadie y tenía el mejor juego de piernas del mundo.

Así que estuvo a punto de pegarle al botones. El muchacho sabía quién era el Campeón –todos sabían quién era el Campeón–, pero lo insultó. En realidad no lo insultó, solo alzó la cara y lo miró a los ojos como si lo estuviera retando y como si no le tuviera miedo. Para cualquiera hubiera sido un insulto, pero para el Campeón fue peor.

–Cuando un idiota que no trabaja le pierde a uno el respeto es porque ya es hora de morirse –me dijo después de darse un baño.

–Cálmate –le dije–. Así es la gente.

–¿Sabes lo peor? –me dijo–. Que son los mismos que pagan para ir a verme. Yo tengo que romperme el hocico para que ellos se diviertan y después vienen para que les dé propina por hacer lo que tienen que hacer. A mí nadie me da propinas por hacer lo que tengo que hacer.

–Tenemos que ir al pesaje –le dije.

–Ya me estoy poniendo inútil.

Siempre empezaba así cuando se ponía de mal humor: que ya estaba inútil, que iba a retirarse, que ya estaba viejo. No estaba viejo, acababa de cumplir los veintiséis. Pero así le gustaba decir para que yo le dijera que no, que todavía tenía una carrera larga, por lo menos diez años más, que se iba a retirar como campeón y cuando a él se le diera la gana. Así que le dije lo que siempre le decía, pero siguió con el mismo humor. Le dije que no podía estar así, que era peligroso estar así antes de una pelea.

–Hace un frío de mierda –me dijo.

No quiso ponerse nada caliente, solo la camisa de siempre.

–Te vas a resfriar –le dije.

–Todo el mundo se resfría.

No valía la pena discutir y le dije que mejor nos fuéramos a que lo pesaran. El gimnasio estaba a cuatro cuadas y nos fuimos caminando.

–Te vas a enfermar –le dije.

–Todo el mundo se enferma.

El Ciego tenía que estar en el gimnasio para el pesaje, pero no llegó. El Campeón se puso nervioso, sobre todo cuando Johnny Mawala se le paró enfrente y le dijo no sé qué en inglés.

–Está bien –le dijo el Campeón en español, pero se puso nervioso.

El Campeón dio el peso exacto, como siempre. Mawala se pasaba por un kilo y medio, pero no dije nada. El de la Comisión me miró para ver si protestaba.

–No hay problema –le dije.

No quería que el Campeón se pusiera peor. Tenía suficiente con que el Ciego no estuviera allí. La ausencia del Ciego lo afectaba como a la gente

supersticiosa cuando olvida en casa sus patas de conejo y sus monedas de la suerte.

Los fotógrafos les pidieron que se pusieran espalda contra espalda para tomarles una foto.

–Que se jodan –dijo el Campeón, y salió del gimnasio.

–Regreso en cinco minutos –dije, pero creo que no me entendieron.

En la entrada me encontré al Ciego. Se había comprado un suéter de colores chillones.

–¿Qué te parece? –me preguntó.

–¿No viste cuando salió? –le pregunté.

–¿Quién?

La pelea empezaba a las siete y eran las dos. Lo buscamos en los casinos, en las tiendas con máquinas tragamonedas, en restaurantes, en tiendas de tonterías y hasta en un par de burdeles. Hablamos al hotel, pero no apareció.

–No llames a la policía –me dijo el Ciego–. Ya aparecerá.

A las seis llegamos al gimnasio. A las seis y media la gente de Mawala habló con el delegado de la Comisión para que explicáramos por qué no había llegado el Campeón.

–Aquí está el cinturón –dijo el Ciego–. Donde está el cinturón, hay pelea.

El delegado ni siquiera lo miró. Quería que yo le contestara.

–En quince minutos –le dije–. Acaba de hablar por teléfono. Viene para acá. Dice que tuvo un contratiempo.

Todos se acuerdan de que los himnos se cantaron cuando el Campeón todavía no llegaba. La gente de Mawala estaba agresiva. Mawala se puso payaso. Agarró el micrófono del anunciador, se declaró campeón mundial y exigió que le pusieran el cinturón.

–¿Qué pasa? –me preguntó el de la Comisión.

–Dos minutos. Está en el vestidor.

–Dos minutos –me dijo.

No hizo falta esperar tanto. A los diez segundos la gente empezó a gritar. El Campeón venía ya listo hacia el ring, acompañado por el Ciego.

–Vete a la mierda, Mawala –grité.

Él no me entendió, pero me enseñó un puño vendado.

El campeón pasó entre las cuerdas y saludó al público. La mayor parte le aplaudió.

–¿Qué te pasó? –le dije en la esquina.

Los seconds no sabían qué hacer. Les había dicho que no se acercaran.

–Nada –me dijo el Campeón.

Tenía un moretón en el pómulos izquierdo y una herida en la oreja.

–¿Qué fue eso?

–Voy a ganar. Eso fue.

Tenía hinchadas las manos. El Ciego lo había vendado, pero yo conocía las manos del Campeón mejor que las mías. No dije nada.

El entrenador de Mawala se acercó para ponerle los guantes al Campeón. Después le tocó a Mawala.

–La cinta del derecho está muy larga –le dije al réferi.

–Yo la veo bien –me contestó.

Era cierto, pero había que decir algo.

–¿De verdad puedes pelear? –le pregunté al Campeón.

–Siempre puedo pelear –me dijo–. ¿Cuándo no he podido pelear?

El réferi los llamó para darles instrucciones. El Campeón miraba para otra parte, y Mawala lo miraba a él como si quisiera comérselo. Si hubiera sido de los míos le hubiera puesto de apodo «El Caníbal». Tenía cara de caníbal. Hasta cuando Jim Hutton le rompió la cara seguía pareciendo caníbal. Pero no tenía estilo, y eso cuenta. Podía pegar como Dios cuando se enoja, pero el estilo hace a los campeones. Si pierden el estilo, perdieron la pelea.

–Lo voy a matar –me dijo el Campeón.

Sonó el silbato y de un salto se puso en el centro del ring.

El primer round fue aburrido. Mawala trató de pescarle el hígado, pero el Campeón le metió tres rectos a la ceja izquierda.

–Vio a su hermano –me dijo el Ciego, con el ojo bien abierto, como si se hubiera encontrado un fantasma dentro de su suéter de colores chillones.

–Vete o nos descalifican –le dije.

–Está sentado en el tercer asiento de la derecha.

Volteé. Era un tipo bajito de unos cuarenta años, delgado y con cara de enfermo.

–¿Él lo golpeó?

–Estás loco –dijo el Ciego.

–Ve a sentarte.

Así que ese era el famoso hermano. Parecía que tenía tuberculosis terminal.

Sonó el silbato.

–Ya vi a tu hermano –le dije al Campeón.

–Yo también.

Estaba de peor humor que en la tarde.

–Sigue trabajando la ceja –le dije–. Ya casi se la abriste.

–Lo voy a noquear –volteó a ver adonde estaba su hermano–. ¿El Ciego te dijo?

–Quién más.

–Negro cabrón.

–No te apresures –le dije–. Aguántalo hasta el cuarto. Lúcete y llévala suave.

–Ahorita vemos –dijo.

Sonó el silbato y se fue.

Miré al hermano. Estaba sonriendo. Parecía una anciana paralítica. Vi al campeón. En ese momento estaba acomodándole a Mawala un recto a la nariz que le sacó sangre hasta por las orejas. Después vino el gancho al hígado.

El réferi empezó a contar. A Mawala le hubiera dado lo mismo que le contaran doscientos. Estaba paralizado, paralizado de verdad. El réferi llamó al médico.

–Desgracié a ese idiota –me gritó el Campeón, con ojos brillantes y sonrisa de loco–. Es un pendejo.

En cinco minutos tenía el cinturón puesto y caminaba por el ring, entre los fotógrafos y los colados, con los brazos arriba. Seguía de mal humor, pero por lo menos se sonreía. A Mawala lo bajaron en camilla.

Alguien me tocó el hombro. Sentí escalofríos cuando vi la mano pálida. Era una mano como de muerto viejo.

–Mi hermano me ha hablado de usted –me dijo una voz que se parecía a la de Peter Lorre.

Nunca me ha gustado Peter Lorre. Me dan miedo sus ojos. Los ojos del hermano del Campeón eran iguales a los de Peter Lorre, pero con bolsas moradas.

–A mí no me ha dicho nada de usted –le dije.

No me gustaba, ni me gustaba que el Campeón se deprimiera cada vez que le mandaba cartas.

Se sonrió como si le diera gusto que el Campeón no hablara de él.

–Así es mi hermano –dijo.

–¿Y a qué debemos su visita?

–Necesito dinero. Mi hermano tiene dinero. Yo le enseñé a boxear.

Sus brazos eran tan flacos que daban ganas de rompérselos. Los pantalones se le veían flojos alrededor de los muslos.

–¿En serio? –le pregunté.

–Sí –me dijo–. Cuando éramos niños.

Me tiré una carcajada.

–¿Y en qué categoría ha peleado? –me burlé.

–En ninguna que usted conozca.

Me miró con unos ojos que hubieran matado de miedo a un loco. Este tipo es malo, pensé. Tengo que cuidarme de él y tengo que cuidar al Campeón.

–¿Usted es el encargado del dinero? –me preguntó.

–Sí –le dije–. Yo decido si se lo gasta o no se lo gasta.

–¿Y en qué se lo gasta?

–En pendejadas –le contesté.

–Yo le enseñé a boxear.

Me di la vuelta y subí al ring. Había mucha gente gritando y haciendo bola. Había cámaras de televisión, pero el Campeón ya no estaba. El Ciego sí estaba, en una esquina. Abrazaba el banquito y veía asustado a su alrededor.

–¿Qué te pasa? –le pregunté.

–Nada. Me pone nervioso tanta gente.

–A ti no te ponen nervioso esas cosas –le dije por decir algo.

–Hoy sí.

–¿Dónde está el Campeón?

–Dijo que lo alcanzáramos en el hotel.

–¿Por qué no le dijiste que me esperara? Tiene que hablar con la prensa.

–Dijo que no quería hablar con nadie.

–¿Ni con su hermano?

–Dijo con nadie. No sé quién sea nadie.

Al día siguiente un periódico de Los Ángeles publicó una foto que le tomaron al Campeón cuando iba al hotel. Estaba todavía en pantalones de box, con los vendajes puestos y el cinturón de campeón wélter. Así salió a la calle. La policía trataría después de usar la foto como prueba de que había desaparecido desde antes de llegar al hotel.

Al principio mucha gente hizo llamadas para decir que había visto al Campeón en Seattle, Georgia y Arizona. Hubo alguien que dijo que lo encontró borracho en un bar de Queens y que lo había golpeado hasta dejarlo inconsciente. Una mujer dijo que tenía un hijo suyo.

–¿Tú que crees? –le pregunté al Ciego.

–Puede ser –me dijo.

–No le conocí ninguna mujer –le dije.

–No era marica.

–No estoy diciendo que fuera marica –le contesté.

–No era marica. Me consta.

–¿Le conociste alguna mujer?

–No. Pero no era marica.

El Campeón me ha visitado en sueños y me ha dicho que está bien. No me dice dónde está ni cómo encontrarlo, solo que está bien. Se lo dije a uno de los muchachos, porque necesitaba decírselo a alguien, y ahora se burlan cuando creen que no los oigo. Pero los oigo. Estén donde estén los oigo. Siempre los oigo, y a veces el zumbido de las voces me desespera y pierdo la paciencia. También los he oído burlándose del Campeón, pero qué saben ellos. Si el Campeón me ha dicho que está bien es porque está bien. Si supiera de dónde vienen los sueños a lo mejor lo encontraría. Al menos podría intentarlo.

Un mundo en el que el cielo cae y cae

–Nadie toca como Charlie Parker –volví a decirle.

Tiró el sax sobre la cama. Algo sonó a metal roto.

–¿Quién te crees? –me dijo–. Ni siquiera sabes silbar.

Era cierto.

Se sentó junto al sax sin atreverse a tomarlo. Bajo el sax había una botella vacía de cerveza. La agarró como si fuera un escudo o un seguro de vida.

–¿Sabes cuánto ensayo? ¿Sabes cuántas horas ensayo?

–No es eso –le dije.

–No. Ya sé que no es eso.

Miró la botella a contraluz. Se veía sucia, cubierta de grasa y polvo.

–Ya ni siquiera es eso –dijo.

–No quiere decir que toques mal.

–Pero quién sabe cuánto tiempo he estado durmiendo encima de una botella vacía. Eso es, ¿verdad? Y ni siquiera me había dado cuenta. Ni siquiera me acuerdo de cuándo me la tomé. Eso es, ¿verdad?.

–Tampoco –le dije.

–Soplo igual que siempre –dijo–. ¿Cuál es el problema? Si quieres compro otro sax. Dame un adelanto y consigo uno barato.

Abrí la puerta.

–¿Sabes cuánto ensayo? –dijo.

Estaba a punto de llorar.

–Me imagino que todo el día.
–¿Entonces?
–Así las cosas.
¿Qué más podía contestarle?
–¿Quieres oír algo? –dijo agarrando el sax–. Que no te cuenten. Por lo menos óyeme.
Cerró los ojos y se puso la boquilla en la boca. Sopló. Do. Re. Mi.
Fa. Sol.
La.
–Es de Charlie Parker –le dije.
Me estaba fastidiando.
–Estoy fuera de práctica. Oye.
Do. Do sostenido. Re. Re sostenido.
Se quitó el sax de la boca. Le faltaba la respiración.
–Ni siquiera sabes silbar –me dijo.
Se puso el sax sobre las rodillas y lo miró. Parecía animal apaleado.
Bastaba con soplarlo para que se echara a llorar.
–¿Tienes cien pesos? –me dijo.
Le tiré un billete en la cama.
–¿Cigarros?
Le tiré la cajetilla y la pescó al vuelo. Le dije que se quedara con ella.
Quién sabe de dónde sacó una caja de cerillos y encendió un cigarro. No me ofreció.
–¿Sabes a qué edad murió Charlie Parker? –me dijo.
–Todavía puedes lustrar zapatos –le dije–. Joe Louis terminó así. No me acuerdo si lustraba zapatos, pero no le daba vergüenza.
–Todavía puedo –dijo.
Desde la escalera oí que trataba de sacarle notas al sax.

México D.F., 1983-1998.

Rafael Menjívar Ochoa (San Salvador, 1959) es escritor, periodista y traductor. En 1976 se instaló en México con su familia, que había salido al exilio por causa de la persecución política. Menjívar Ochoa vivió allí durante veintitrés años. Estudió música, teatro, letras inglesas y trabajó en diferentes oficios relacionados con la escritura. Regresó a El Salvador en 1999. En 2001 fundó La Casa del Escritor, proyecto para la formación de escritores jóvenes. Pertenece a la llamada «Generación del Cinismo» o «Generación del Desencanto», junto con Horacio Castellanos Moya, Jacinta Escudos y Miguel Huezco Mixco, que comenzaron su producción literaria en la época de la guerra.

Menjívar ha hecho una prolífica carrera literaria y es reconocido como cultivador del «género negro». Sus libros *Los años marchitos* (1990), *Los héroes tienen sueño* (1998) y *De vez en cuando la muerte* (2002), a los que viene a unirse esta colección de narraciones –publicada originalmente en francés con el título *Un monde où le ciel ne cesse de tomber* (2008, traducción de Thierry Davo)– lo consagran como uno de los máximos exponentes latinoamericanos en este género.



Colección Revuelta

El salvadoreño Rafael Menjívar Ochoa pertenece al linaje de los grandes narradores latinoamericanos. Ha publicado más de una docena de libros, entre novelas, cuentos, ensayos y poemas en editoriales de México y Centroamérica.

Un mundo en el que el cielo cae y cae, su más reciente título publicado, está compuesta por una serie de narraciones breves, verdaderas obras maestras de precisión y economía de recursos. Este volumen confirma a Menjívar Ochoa como uno de los principales autores del llamado «género negro» en América Latina.

